



Las universidades se juegan el abandono de sus nuevos alumnos

El riesgo de desencanto y deserción es enorme porque numerosas clases son virtuales y muchos estudiantes no han entrado en el grado deseado ante la avalancha de matrículas

ELISA SILIÓ, Madrid
"Es como si siguiésemos las clases del confinamiento en el instituto, pero con más nivel académico. El cambio a la vida universitaria no lo hemos vivido". Quien habla sin disimular su abatimiento es Iván Gallego, un cacereño de expediente envidiable que estudia Matemáticas en la Universidad Autónoma de Madrid (UAM). Este mes ha ido todos los viernes el campus al tener exámenes, pero casi no se han programado lecciones. "Los profesores ponen todo su empeño, pero seguir cinco horas de clase *online* se hace muy duro", cuenta. El plan inicial de la UAM era mudar la docencia a pre-

sencial en el segundo cuatrimestre, pero los datos no acompañan. "Vivo en una residencia y al menos eso es nuevo, pero los que siguen en casa están igual", dice.

En los campus con más restricciones nada invita a quedarse. Los bancos están precintados, está prohibido tumbarse en las praderas, las cafeterías funcionan a medio gas (no ofertan comedor) y la actividad cultural es *online* o muy restringida. El contexto es tan adverso que, aunque de media un 18% de los estudiantes abandonan la carrera en su primer año, el alumnado augura que el cataclismo va a ser mayor. "Veremos a mucha gente que de-

ja el grado, se cambia de carrera o se coge un año sabático", lamenta Andrea Aparicio, presidenta de la federación de asociaciones de estudiantes CREUP.

Uno de estos alumnos desencantados es Mireia Brui, pero su historia tiene final feliz. Esta vecina de Paiporta (Valencia) de 18 años vivió una auténtica yincana hasta estudiar Medicina. A toda prisa se ha mudado a Reus (Tarragona) para estudiar en la Universidad Rovira i Virgili. Renunció a una facultad privada convencida de que entraría en alguna pública, pero las notas de corte aumentaron y se quedó fuera. Así que, desilusionada, se volvió a presen-

tar a Selectividad en septiembre —con el propósito de guardar una mejor nota para el próximo curso— y se matriculó en la Escuela de Enfermería La Fe de Valencia. "A los dos días me llamaron de Tarragona y me vine", cuenta.

Mireia tenía clases presenciales en semanas alternas hasta que la Generalitat cesó el 13 de octubre la vida en los campus. Ahora las sigue en remoto y espera que no le anulen sus prácticas en un ambulatorio en abril. Tuvo que hacer cuarentena por el positivo de un compañero de piso, así que apenas ha tenido contacto con los de clase. Trata a la decena

con los que forma un grupo burbuja, aunque al menos todo noviembre seguirá con clases teóricas virtuales.

CREUP pidió al ministro de Universidades, Manuel Castells, que se privilegiase a los alumnos de primero con más horas de clases presenciales, y aunque en el protocolo de inicio de este curso no se tuvo en cuenta, los rectores han intentado darles más tutorías o más presencia en el campus. "El cambio de metodología del instituto a la Universidad les cuesta mucho y hemos tratado de tenerlo en cuenta", explica Constanza Rubio, subdirectora del grado de Ingeniería Agronómica de la Politécnica de Valencia. En Veterinaria de la Complutense les dieron la bienvenida en el aula con sus mentores. Cuanto más baja es la nota con la que se entra en la Universidad —suele ser Humanidades o Ciencias Sociales—, más alta es la posibilidad de que el alumno deserte al no acceder al grado deseado. Las ingenierías son también una escabechina, pero por su gran exigencia.

Este curso las decisiones políticas han provocado un efecto dominó. Los Gobiernos autonómicos auspiciaron que los claustros tuviesen manga ancha en la evaluación de los bachilleres —forzados a estudiar solos en casa los exámenes que iban a condicionar su futuro profesional— y obtuvieron el título casi todos. En Cataluña, por ejemplo, los aprobados pasaron del 72% al 83%. Además, la Selectividad fue como siempre un paseo militar, que superó el 93% de los más de 225.000 inscritos. Pero entonces empezó la batalla por ingresar en la carrera deseada.

Más nota para entrar

La calificación mínima de acceso aumentó en siete de cada 10 carreras, según estimaciones hechas por este diario, y casi un centenar de titulaciones se posicionaron por encima del 13 sobre 14. Lo que provocó más desencanto porque los estudiantes no se inscribieron donde querían. Por ejemplo, de los 124.000 alumnos que solicitaron plaza en Cataluña, han conseguido plaza en alguna de las opciones demandadas el 73,8%; en 2019 fue el 80,5%.

La soledad de las enseñanzas *online* de la que habla Iván Gallego aparece en los datos del minis-



Prácticas de Anatomía de primero de Veterinaria, el jueves en la Universidad Complutense de Madrid, en una imagen de la institución. / IGNACIO DE GASPAR



Aida Fortea, en la biblioteca de la Politécnica de Valencia. / M. TORRES

terio. El 62% de los que cursan el grado en remoto abandonan la carrera frente al 27% en presencial. Pero no fotografía la realidad. El perfil del alumno desde casa habitual es el opuesto al del novato: adulto con vida estable, trabajo y en muchos casos ya licenciado.

Por eso Castells, exprofesor de la virtual Oberta de Cataluña, tras loar la docencia *online* y quitar hierro al confinamiento, terminó precisando que no era la mejor opción para los jóvenes para quienes la Universidad es algo más que el contenido de las materias. "Consideramos nuestros espacios de enseñanza como lugares de relaciones personales y laborales en los que el trato humano cercano aporta mucho a la formación y a la investigación", escribía en EL PAÍS Pilar Aranda, rectora de la Universidad de Granada, en mayo. Pero la Junta mandó a los alumnos a casa el 13 de octubre por siete días y aunque ya han pasado la universidad dice que seguirá "en el mismo escenario".

Aida Fortea y Juan Cárdenas cuentan su experiencia en el campus de la Politécnica de Valencia, foco de atención estas semanas por un brote de coronavirus tras una fiesta que se saldó con 168 contagios y 650 colegiales confinados. Por ese motivo, las clases de su grado, Ingeniería Civil, se mudaron a remoto dos semanas y ahora bendicen la vuelta a la presencialidad. Solo las prácticas de Informática son desde casa. "Menuda fuerza de voluntad que tienen los que estudian *online*. Es imposible mantener la atención tantas horas", razona Aida. Juan confiesa que desde casa le daba más apuro preguntar sus dudas.

Aida y Juan se han hecho amigos pero reconocen que las mascarillas entorpecen las relaciones sociales. "Es difícil acordarte de las caras y nombres de tus compañeros si no les ves", sostiene Aida que cumplió 18 años cuando España se confinó. Interactuar con los compañeros resulta fundamental para quienes llegan de fuera. María López, de Mota del Cuervo (Cuenca), se ha instalado en Alicante para cursar Publici-

Una profesora: "Ahora valoran más las clases presenciales"

Tradicionalmente, a medida que pasan las semanas, las aulas de primero se vacían en Ingeniería Agronómica de la Politécnica de Valencia. Porque el alumno se frustra ante la dificultad o descubre nuevos divertimentos en la escuela, pero este curso no ha ocurrido así. Constanza Rubio, subdirectora del grado, está gratamente sorprendida. "Como no habían todos los alumnos en el aula con el profesor, creamos aulas híbridas dentro de la universidad para que los estudiantes siguiesen las clases en pantalla grande, pero pensando que luego no harían falta. Pero siguen viniendo. Después de estar confinados el final del bachillerato han valorado más la presencialidad".

En la Facultad de Veterinaria de la Universidad Complutense de Madrid reciben la

mitad de las clases teóricas *online*. Paloma Forés, su vice-decana de Estudiantes, explica que están intentando hacer mucha evaluación continua por si vuelve a haber un confinamiento extremo. Durante la matriculación recibieron muchos correos de alumnos preocupados por contagiar a sus familias o tener que tomar el transporte público. "Tenían verdadero miedo", recuerda Forés. La facultad les tranquilizó: solo están obligados a acudir a las prácticas.

Durante el final del curso pasado los universitarios de toda España denunciaron en las redes su desvalimiento. Había docentes que se limitaban a subir un PDF a la Red. Este curso no parece producirse ese abandono. "Los profesores no solo están dando clase sino colgando más material en

la Red y eso les ayuda a comprender", asegura Forés. Ella se siente orgullosa del programa de mentoría que inauguraron hace años y que se ha ido copiando en otras facultades de la Complutense. "Este año tenemos récord de telémacos. 110 han querido tener un mentor, un alumno de los últimos cursos que le orienta".

Aunque las universidades han primado la presencia en las aulas de las carreras experimentales o las ingenierías —que cuentan con más parte práctica—, los hay con suerte. Es el caso del riojano Arturo Sánchez que estudia en la Universidad de Zaragoza. Aunque en la residencia comen de tres en tres en la mesa ha podido socializar y, al estar en turno de tarde, son menos alumnos en el aula y las clases son presenciales. Eso sí, hay un ambiente universitario muy peculiar que también existe y del que un joven aprende. "Hay enfermeros, rastreadores de covid, jubilados", cuenta encantado.

Más renuncias en los campus públicos

Titularidad. El abandono del grado es mayor en la universidad presencial pública (28%) que en la privada (12%).

Modalidad. De los estudiantes que empezaron la carrera en 2013 en una universidad presencial el 27,3% no la acabó y un 12,6% se cambió de carrera. En los campus *online* el 62% desertó y un 10,7% optó por otro grado, según datos del Ministerio de Universidades.

Rama. El 31,4% de quienes estudian un grado de Ciencias Sociales y Jurídicas no lo termina, aunque un tercio se cambia a otra carrera. En Ingeniería y Arquitectura son un 41,5%, en Humanidades un 42,2%, un 26,6% en Ciencias de la Salud y en Ciencias un 35,5%.

Autonomías. Las mayores tasas de abandono están en Baleares (41%) y Canarias (39%).

dad y Relaciones Públicas. Comparte piso con amigas del pueblo y con sus compañeros del grado contactó por Twitter. Ahora cuenta con dos grupos de WhatsApp, uno de los 250 alumnos de la carrera y otro de los 50 de su grupo, que a su vez se dividen en dos para ir a clase. Le corresponde ir al campus una semana de cada dos, pero reconoce que podría ir todos los días porque sobran sitios. Basta con avisar por móvil y ocupar el puesto de otro. En otras universidades no está consentido, porque crean grupos burbuja. "Yo lo llevo bien, si estudias Arquitectura será diferente", razona. No lleva tan bien la integración en una ciudad nueva. Llegaron a comer, cuando se podía, 30 divididos en mesas de 10 y han confraternizado con un juego, *Among Us*. Diversiones cibernéticas a la espera de tiempos mejores para alternar con compañeros y sin mascarilla.